

EL INFLUJO DEL CLIMA EN LA VIDA GUAJIRA

Por: General JULIO LONDOÑO

*Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Número 4, Volumen XI
Cuarto Trimestre de 1953*

La Guajira es una península colombiana que penetra en el Caribe buscando el Nordeste. Forma la parte septentrional del perímetro del continente suramericano, ya que Punta Gallinas, el lugar situado más al Norte, está sobre el paralelo 12° 30' 40" N.

Parte de su contorno forma la pared occidental del Golfo de Maracaibo el cual se prolonga hacia el Sur por el Lago del mismo nombre, circunstancia ésta que tiene importancia definitiva tanto en el ritmo climático de esta región como en otras de sus categorías geográficas.

La Guajira abarca una extensión aproximada de 14.000 Km², esto es, unos 1.500 más de los que le fija la división política oficial que es de 12.240 Km². Se extiende desde el pie oriental de la Sierra Nevada, bien marcado por la hoya del río Ranchería, hasta la pequeña sierra que une el gran macizo de aquélla con la Serranía de los Motilones y por ésta hasta el mar, por el cual se sigue hasta encontrar de nuevo la Sierra Nevada.

El todo forma una inmensa planicie de aspecto semidesértico cuyo relieve se altera por algunas serranías bajas y cortas (Cojoro, Jarara, Carpinteros y Macuira) y algunos cerros aislados que marcan la dirección Norte-Sur. (La Teta — 167 metros de altura sobre la llanura; Gososopa, Remedios... etc.)

El ritmo climático es simple y preciso. Los alisios del NE. empiezan a hacerse sentir fuertemente desde principios de diciembre hasta principios de Abril. A mediados de Abril, el sol que pasa de Sur a Norte, intensifica la evaporación, y como va los alisios han empezado a perder su fuerza, alcanzan a producirse algunas lluvias débiles que llegan hasta el principio de mayo. Debido a esta

humedad pasajera la tierra reverdece y se opera un cambio admirable que se denomina primavera. Pero este prodigioso reverdecimiento de la tierra dura poco porque los vientos que vienen desde el Lago de Maracaibo barren- la humedad y restablecen el imperio del verano hasta las proximidades de Octubre en que es prácticamente nulo el efecto de los alisios del NE. Entonces la humedad empieza a ascender; el calor la eleva verticalmente y a poco tiempo se convierte en lluvia. Viene entonces el invierno con todo su rigor. La tierra calcinada por el sol se convierte ahora en arcilla que no deja penetrar profundamente el agua que corre inundándolo todo y obligando a hombres y ganados a alejarse hacia los sitios altos no inundados para librarse de una muerte segura. El tránsito, antes fácil en todas direcciones, queda interrumpido y un período de quietud sobreviene en toda la Guajira, período que ha de prolongarse hasta diciembre, cuando ya entrado el verano la absorción y la evaporación permiten a los hombres y ganados esparcirse de nuevo por todo el territorio.

Al cesar las lluvias la hierba, como en cumplimiento de un mandato, surge del suelo con rapidez y feracidad no vistas en otra parte. Sobre ella se precipita el ganado. No vivirán allí los grandes vacunos que no pueden moverse rápidamente para buscar el sustento y que necesitan alimento abundante. Es el paraje apropiado para la cabra. El carnero alcanza a defenderse de estas precarias condiciones pero el vacuno moriría rápidamente de hambre. En esta forma, a medida que va cambiando el paisaje, que va dejando el color amarillo de arena para tomar el verde prado, los rebaños se van extendiendo por todo el territorio guajiro seguros de no encontrar cerca o alambrada alguna que los detenga, porque la tierra, para que el hombre pueda subsistir allí, tiene que ser de todos, libre y sin trabas.

Al principio el agua es abundante porque quedan muchas lagunas y charcos en donde las cabras pueden abrevar. Pero a medida que avanza el verano estas fuentes de abastecimiento empiezan a agotarse hasta que llega el momento en que se acaban por completo. Entonces es necesario ir a buscar lagunas lejanas que, debido a su profundidad y extensión, conservan agua y humedad que permite el crecimiento de la hierba para forraje.

Pero hay un ritmo septenario en que el verano se intensifica y estas lagunas se secan. Viene la muerte de miles de reses. A su paso los hombres abren cacimbas, huecos en sitios especiales del suelo en donde es posible encontrar fuentes subterráneas. Pero esta agua se va haciendo cada vez más escasa y más "gruesa", es decir, que va adquiriendo un gusto salobre hasta volverse impotable. Los animales escarban desesperadamente con sus cascos al pie de estas cisternas improvisadas y muchos mueren al pie de ellas. Multitud de pájaros venidos de los flancos de las

serranías acuden allí en busca de agua pero pronto mueren sin haber podido apagar su sed.

Al aproximarse el mes de Octubre comienzan a formarse en el horizonte cirrus en forma de grandes colas de caballos que matizan el azul purísimo del cielo. Poco después estos cirrus empiezan a aborregarse, a transformarse en cirru-cúmulos, a avanzar hacia el centro de la península. Cuando suenan los primeros truenos o caen gruesas gotas de lluvia, el ganado, por su propia cuenta, va desfilando hacia los sitios que no se inundan. Si los truenos son muy fuertes o la lluvia arrecia, los animales se desbandan dando la impresión de ir en derrota. El pastor no se preocupa mucho porque sabe exactamente hacia donde se dirigen sus animales y dónde podrá encontrarlos. Con frecuencia el indio vende, a los que no son nativos, su ganado a bajo precio al aproximarse las lluvias porque sabe que al desencadenarse el invierno vuelve a su poder en sitios lejanos.

Y así transcurre la vida del guajiro como una especie de sístole y diástole que parece no terminar nunca. La única manera de parar su trashumancia sería la de intensificar los pozos artesianos, o producir embalses en las rinconadas de las sierras o mejor aún, hacer una especie de grandes lagos artificiales excavando con maquinaria la tierra floja y calcinada para multiplicar así los sitios en los cuales el ganado puede encontrar alimento y agua en el período agudo del verano.

Por fortuna la Naturaleza defiende a los hombres. El indio no aumenta en la Guajira; la población se mantiene prácticamente estacionaria. Si existiera allí una fecundidad considerable la vida sería imposible o tendría que llevarse cada día en circunstancias más precarias. Afortunadamente un número de habitantes proporcionado a la extensión y los recursos vive y puede subsistir con sus mecanismos de adaptación y sostener sus tradiciones y costumbres.

Pero este tipo de estaciones que de manera tan fuerte se manifiesta, deja su marca en la vida del guajiro y ejerce una influencia decisiva sobre su carácter. Debido a la escasez de alimentación, a la esterilidad de la tierra, a la necesidad de guardar el ganado como única fuente de riqueza y a la escasez de agua, el hombre se vuelve egoísta, económico y personalista. De otro lado, no podría vivir sin el apoyo de los suyos, sin la compañía de sus familiares que le ayudan a cuidar sus ganados y se solidarizan con él en las desgracias, y aparece entonces un sentido de casta que se lleva a veces a extremos inconcebibles. De esta manera vuelve a aparecer colectivamente el egoísmo, porque las castas a su vez proceden tan egoístamente como los hombres. Esto puede observarse, por ejemplo, en la población de Manaure, la región de las grandes salinas en cuya explotación se emplea solamente la mano de obra indígena, cuando se recoge la sal que ha cuajado el calor del verano. Más de cuatro mil indios se agrupan allí para hacer su trabajo, pero los que

pertenecen a una casta se aíslan de los demás en forma tal que parecen extraños los unos a los otros.

La pobreza de productos alimenticios que proviene del ritmo estacional tiene que dar origen a una nutrición deficiente. Puesto que lo que la tierra produce es tan limitado, casi todo debe traerse de Riohacha o de ciudades más lejanas aún o bien conseguirlo de contrabando a través de la frontera. La alimentación viene a reducirse a maíz, panela y fríjol y su base principal es la carne de cordero. A pesar de la frugalidad del indio esta alimentación es en extremo deficiente y su ración muy reducida. De estas circunstancias nace el "limosnero" como allí se le dice al mendigo, personaje que en la Guajira tiene un carácter especial y al cual debe atribuírsele todo lo inconveniente. El hombre que no tiene que comer es despreciado por todos y nadie debe darle nada. El ronda por todas partes buscando los desperdicios y es a él a quien se achaca la pérdida de todas las cosas y quien se ofrece de ejemplo a los niños como persona indeseable y enemiga de la colectividad.

La marcada periodicidad de las épocas de lluvia y sequía ha inducido al indio a hacer uso de una cronología basada en el ritmo climático. Para él el "año" es el lapso comprendido entre dos inviernos; lo reparte irregularmente: el primer período va de invierno a primavera, otro de la primavera al momento más crítico del verano y otro desde aquí hasta el comienzo de las lluvias. Como éstas son un don que permite alimentar el ganado y obtener algunos vegetales para la alimentación se le considera como la época mejor. Así, para dar a entender un lapso de abundancia se nombra la temporada de las lluvias y para ese momento se aplaza el pago de las deudas. Cuando alguien cobra una deuda se le contesta casi irremediabilmente: *shitapa*: ¡Cuando llueva!

Debe tenerse también en cuenta que el clima ha impuesto el traje. Para defenderse de la arena calcinada y calcinante el hombre, cuando es rico, usa una especie de borceguíes confeccionados en Maracaibo, y cuando es pobre, lleva unas sandalias fabricadas por él —*cuttira*— sacadas de la piel de sus propios animales. La mujer lleva una especie de pantuflas hechas de lana muy ligera, la que, para evitar que la arena penetre en sus pies lleva adelante una borla también de lana tanto más grande cuanto más noble es la dama. A este vistoso aditamento se le llama *bellota*.

El hombre, anda desnudo. El sol y el viento caen sobre su piel calentándola y refrescándola al mismo tiempo. Lleva un cinturón —*nuicte*— que sostiene una faja de tela que pasa por debajo de los muslos tapando malamente las partes pudendas. Bajo la influencia de los padres capuchinos que tanto han luchado para que el indio cubra su desnudez, éste ha consentido en usar sombrero, del mismo tipo que usan los civilizados. Gran extrañeza produce la vista de un indio desnudo en

aquellas planicies sin otro aditamento que su *nuicte* y un sombrero de fabricación inglesa o italiana. Los que profesan más cariño a los capuchinos han llegado hasta usar una camisa de franela, pero no ha habido influencia suficiente para lograr que se cubran las piernas y los muslos que son las partes que más directamente reciben los rayos calóricos que provienen de la irradiación del suelo arenoso. La mujer, que de acuerdo con la tradición debe ir cubierta desde la garganta hasta los pies, usa una amplísima bata por entre cuyos pliegues el aire puede circular en forma conveniente al mismo tiempo que le asegura el poder cumplir todos los menesteres de su rango sin la menor ofensa al pudor.

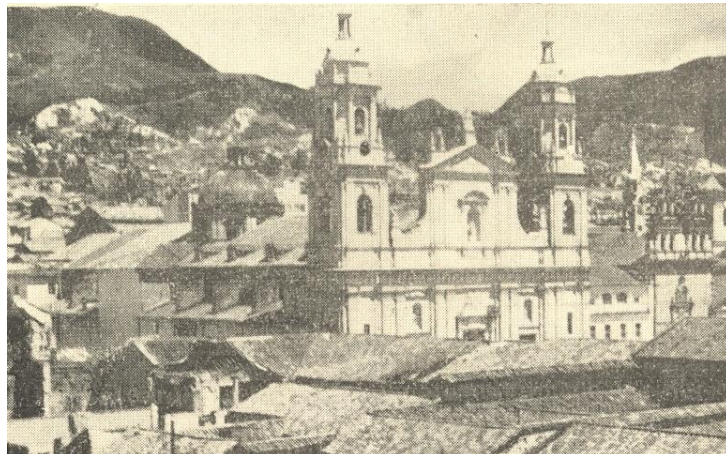
Así mismo, con este movimiento constante en busca del agua y de los sitios no inundables, en que se desarrolla la vida del guajiro, no puede pensarse en el establecimiento de fundaciones estables. El indio allí es un ser que nunca ha construido con materiales de "eternidad". Desconoce los templos, como toda raza trashumante y construye sus habitaciones casi siempre sin muros para que pueda circular el aire libremente y que pase el agua de las inundaciones que llegan hasta su rancho. Por eso tampoco puede parecer extraño el hecho de que la cerámica presente entre los guajiros formas tan rudimentarias. El nomadismo hace imposible el empleo de vasijas frágiles, razón por la cual se emplean las cucurbitáceas — calabazo — totuma — que al mismo tiempo que son extremadamente ligeras, ofrecen la resistencia requerida. En esto no hacen otra cosa que seguir la ley de todos los pueblos móviles ya que la cerámica, elevada al rango de manifestación cultural, artística, sólo se encuentra en los conglomerados fijos.

Peculiaridad muy interesante entre los guajiros es su memoria locativa. Si no la tuvieran estarían perdidos. El agua del invierno borra las huellas y hace desaparecer los caminos; reverdece los campos y trastorna el paisaje. Los pozos en donde abrega el ganado están distribuidos en una planicie que carece de puntos de referencia. Pero para él, la más pequeña cosa le recuerda el camino; parece dotado de un instinto zoológico, de un don de orientación parecido al de las palomas mensajeras. Cuando un indio pasó por alguna parte recuerda el sitio con una precisión fotográfica. Para precisar el sitio le da siempre un nombre. No existe comarca alguna en el mundo en donde haya una toponimia más extensa. Cada lugar, cada punto, cada imperceptible accidente del terreno tiene un nombre por el cual lo reconocen, si' no todos los guajiros, los miembros de la tribu. La misma retentiva tienen para los rostros. Saben distinguir a gran distancia, por rasgos que se escapan a los demás, cual es el hombre de su familia o de su casta aún en el caso de que no lo hayan visto nunca. Es precisamente por esta retentiva extraordinaria por lo que parecen como sorprendentes las venganzas en la Guajira en donde el hombre, cuando no ha podido hacerlo inmediatamente, ejerce la venganza muchos años después de haber recibido la ofensa.

De manera semejante, en todos los órdenes de la vida del indígena, el clima ejerce un papel preponderante, lo mismo en lo religioso, en donde el Dios benigno para él es el que produce la lluvia, que en la literatura incipiente, en que todos sus sueños hacen referencia a las aguas abundantes y frescas, en el desenvolvimiento de las virtudes hogareñas o en el lenguaje cargado de palabras que hacen relación constante a los elementos climáticos. Por eso no es extraño que en todo momento se oiga la oración del guajiro a *Maleigua*, su Dios: *Papá güín guamuín!* ¡Señor, Dadnos agua!



La Avenida Jiménez de Quesada, en la ciudad de Bogotá, es una de las más importantes vías urbanas de la capital de Colombia.



La Catedral Primada de Bogotá es una de las más hermosas manifestaciones arquitectónicas de la ciudad. Se recuerda que Bogotá se halla situada a 2.640 metros sobre el nivel marino, tiene un clima de 15 grados, y una población cercana a 700.000 habitantes.



En Bogotá hacen contraste las obras arquitectónicas de los tiempos coloniales y las realizadas en los tiempos actuales. A la derecha vemos la torre del templo de San Francisco, al fondo uno de los grandes edificios comerciales, y a la izquierda un ángulo del Hotel Granada.



Bogotá. —La estatua de Don Miguel Antonio Caro fue erigida en el mismo sitio en donde vivió y murió. El señor Caro ha sido uno de los hombres más ilustres de Colombia.



Bogotá. —Los templos de La Veracruz y de La Tercera son objeto de especial veneración, por sus importantes recuerdos históricos y artísticos.

